

## Mariposas

Muchos meses, la vida ha guiado mi mano y he escrito unos artículos duros, aún con cierto toque pesimista. La humanidad tiene muchos aspectos denunciados, sucios y crueles, pero también el ser humano puede ser sublime, dulce y esperanzador.

Una amiga, me decía, cuando leyó mi último artículo: "No todo es negro". Tenía razón, pensé un momento, y la poesía volvió a aclarar mis ideas. Recordé un hermoso poema Dulce María Loynaz, la maravillosa poeta cubana que consiguió el premio Cervantes en el año 1992.

Yo soñaba en clasificar

el Bien y el Mal, como los sabios

clasifican las mariposas:

Yo soñaba en clavar el Bien y el Mal

en el oscuro terciopelo

de una vitrina de cristal...

Debajo de la mariposa

blanca, un letrero que dijera: "EL BIEN".

Debajo de la mariposa

negra, un letrero que dijera: "EL MAL".

Pero la mariposa blanca

no era el bien, ni la mariposa negra

era el mal... ¡Y entre mis dos mariposas,

volaban verdes, áureas, infinitas,

todas las mariposas de la tierra!...

No hay mariposas blancas enfrentadas a mariposas negras. Nada es absoluto en esta vida. Entre la maldad y la bondad hay muchos senderos escondidos, muchos vericuetos que no vemos. Tenemos que abrir bien los ojos para ver esos caminos, para descubrir a las personas que hacen que este mundo, resulte hermoso.

Es aún maravilloso poder presenciar las olas rompiendo en las rocas de lava en un atardecer radiante, o ver nacer el capullo de una rosa, con toda la belleza a punto de explotar, o escuchar a un anciano relatar su historia de vida, brillantes los ojos, o la sonrisa limpia de un niño cuando le regalamos una caricia. Sí, esas son las mayores maravillas.

Sumidos en el olvido de la pobreza y la vejación hay millones de niños y niñas en el mundo. Son anónimos, son simples números para los sociólogos, para los noticieros, para las organizaciones; pero ellos tienen nombre, tienen un pequeño pasado, conocen y hablan con otras personas que los quieren. Estamos acostumbrados a ver el mundo a través de una pantalla, o cuanto más entre las líneas de un periódico, información siempre sesgada, siempre controlada por otros poderes. Nos parece, desde esa lejanía de papel o plasma, un universo casi ficticio, un mundo lejano y un poco irreal. Lo cercano y tangible es lo único verdadero.

No quiero hoy hablar de esos niños que sufren, no quiero hablar de los hipócritas que se creen extraordinarios porque dan una limosna, desde las posturas religiosas o desde el laicismo comprometido. Quiero hablar de aquellos anónimos ciudadanos que ven más allá de una pantalla de televisor y con poco equipaje van al encuentro de la pobreza para ayudar, para tener el único pago de la sonrisa un niño abandonado en un lugar recóndito, la palabra balbuceantes de un anciano.

Son anónimos ciudadanos comprometidos con la vida, con la gente, con los que no tienen oportunidad, con los que no tienen fuerzas ni medios para escapar de su cruel destino. Nunca son portada de un periódico, jamás se les entrevista en un telediario y, mucho menos, se les propone para que les sea otorgado un premio de reconocido prestigio internacional. Pero ellos son los que dan significado a la palabra esperanza, ellos los que aún hacen que creamos en la humanidad.

No estamos acostumbrados a mirar a los ojos al camarero que nos sirvió un café apresurado en el bar de una estación o al joven con aspecto de estudiante que está sentado a nuestro lado en la sala de espera del dentista. La vida nos hace individuos desconfiados, nos educan recelosos, asustadizos en una jungla de sirenas de ambulancia y cláxones desafinados. Si mirásemos al que está a nuestro lado, no al que los medios hacen famoso a costa de pagar con la pérdida de su dignidad, quizá viésemos al hombre o la mujer con el alma todavía limpia. Son

esas personas las que deberían ocupar espacios en los canales televisivos que tanto educaron hoy a nuestra sociedad, que hacen que en las conversaciones de reuniones familiares o de amigos reine la necedad hablando de héroes de cartón piedra, de fantoches de pacotilla sin dignidad, de esclavos sin vida.

Porque la sociedad avanzada crea dos clases de esclavos, los adictos al consumo de ideas fatuas o aquellos desheredados a los que jamás se les ha dado la oportunidad de romper las cadenas de la opresión.

Pero, insisto, hoy deseo hablar sólo de esos seres limpios. Callados, humildes y alegres van hacia lugares en los que reina el caos que nuestra sociedad ha causado para que exista el primer mundo del que tan orgullosos estamos. Ellos, sin alardes están construyendo un mundo de igualdades, una sociedad de utopías.

Es para ellos, para esas valientes personas para las que pido los laureles de la gloria, el reconocimiento y el espacio en los medios; para que los que hablan con el corazón en la mano, para los que sirven a la sociedad, para los que hacen los gestos pequeños, sean los imprescindibles; para los que ayudan, sin más, por el placer de ayudar, de ser solidarios.

¿Pueden seguir tan alejados nuestros mandatarios de la realidad?

¿Podemos seguir pensando que es fácil catalogar las mariposas? No hay blanco, ni negro. La realidad está teñida de grises y como acabo en un cuento que escribí hace años, las hadas tienen algo horrendo en sus cuerpos y las brujas algo bello, sólo hay que saber buscarlo.

Hoy sólo quiero hablar de las mariposas que vuelan llenas de luz, de alegría, de sueños... Hoy no quiero hablar de la maldad.